

“Es de los pequeños gestos de la vida de donde se desprende su universalidad. Lo humano, que en realidad es lo que tenemos en común con todos los seres, solo se escucha desde las voces de los nadies.” (2022, pág. 36)

“Cuando los pájaros no cantaban”.
En *Historias del conflicto armado en Colombia*.
Informe testimonial
Comisión Nacional de la Verdad

«Cada uno de los relatos que estrecharán sus manos en los próximos instantes representa una forma de lucha ante el olvido, el escarnio y un modo de comprender la experiencia humana que siempre la cosifica. Son grietas que abren un mundo donde caben muchos mundos. [...] En este potente diálogo entre vivos y muertos propiciados por la pluma, voz y corporalidad de Jhon Jairo Angarita se alcanzan a escuchar las voces y miradas de los invisibilizados por la historia, aquellos de los que daba cuenta mi compatriota Juan Rulfo cuando en uno de los cuentos de El llano en llamas proclamaba que “hay muertos que no hacen ruido y su dolor es más grande”. [...] En suma, lo que hemos hallado en este libro son utopías concretas que surgen de experiencias alternativas del tiempo y el espacio en clave esperanza y que articulan horizontes de lucha, que dibujan lo que aún no ha llegado a ser desde una experiencia que hace de nuestras vidas una pregunta, volviéndose traducible en el momento que atenta contra los cimientos de un mundo que ha hecho de nuestros existires una negación profunda, cotidiana, contradictoria y ambivalente.»

Guillermo López Varela
Doctor en Sociología
Universidad Intercultural del Estado de Puebla Tlacotepec, México

JHON JAIRO ANGARITA OSSA. Cali (Colombia), 1981. Investigador en Patrimonio Cultural Inmaterial. Especialista en Políticas Educativas en Latinoamérica y en Educación Cultura y Política, Máster en Estudios del Desarrollo por la IHEID IMAS Suiza y otros estudios. Entre sus obras: *Saberes propios* (2023), *Comida de niños y niñas: gustos de grandes* (2021), *Mañana cuando amanezca* (2021) y *Cuentos para Santiago* (2020).

 IDEAR
editorial

ISBN: 978-628-96320-0-2



9 786289 163200 21

El tiempo de los otros • Jhon Jairo Angarita Ossa

El tiempo de los otros

Jhon Jairo Angarita Ossa



Jhon Jairo Angarita Ossa

Oriundo de la ciudad de Cali (Colombia), 1981. Cultor de literatura e investigador en Patrimonio Cultural Inmaterial. Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad del Valle, especialista en Políticas Educativas en Latinoamérica y en Educación Cultura y Política, Máster en Estudios del Desarrollo por la IHEID IMAS Suiza, Magíster en Ciencias Sociales de la Flacso Argentina y en Educación Intercultural de la UNAD Colombia, doctorando en Educación Interculturalidad y Territorio de la Universidad del Magdalena, Colombia. Entre sus obras se destacan: *Saberes propios* (2023), *Lo que comemos somos* (2022), *Comida de niños y niñas: gustos de grandes* (2021), *Mañana cuando amanezca* (2021) y *Cuentos para Santiago* (2020).





EL TIEMPO DE LOS OTROS



El tiempo de los otros

Jhon Jairo Angarita Ossa
2024



El tiempo de los otros / Angarita, Jhon Jairo. 1ª ed.
Cali: Editorial IDEAR, 2024.
100 p.; 14 x 21
Recurso digital
ISBN 978-628-96320-1-9
Recurso impreso
ISBN 978-628-96320-0-2
1. Narración de cuentos. 2. Ficción general y literaria.
808543

El tiempo de los otros

© Jhon Jairo Angarita Ossa
Jhonjairoangaritaossa@gmail.com

© IDEAR Editorial
corpoidearcrea@gmail.com

Primera edición, mayo de 2024

ISBN versión impresa: 978-628-96320-0-2

ISBN versión digital: 978-628-96320-1-9

Asesor Editorial

Jaime Alexándrovich
jalbalex@gmail.com

Ilustración de carátula

Alejandra Gómez Gallego

Diseño y diagramación

Luis Hernando Mesa

Impreso en Colombia en los talleres gráficos
de Panamericana Formas e Impresos S.A.
Bogotá, Colombia.

*Todos los derechos reservados. No se permite
la reproducción total o parcial de este libro por
cualquier medio, sin el permiso previo y por
escrito del autor o del editor.*

*A mi amado Santiago
quien abrió sus ojos a la lectura
durante la escritura de este libro.*



Contenido

Prólogo	11
Subalternos	21
Picaflor	22
Crónica de los vencidos	23
La partera	24
Negro bruto	26
Interculturales	27
La línea invisible	28
Chepita	30
Santos misioneros	32
Cleptómano de corazón	34
El dulce	38
El ladrón	41
Los tres platos del día	42
La serpiente emplumada	44
La vidente	46
Mañana cuando aparezca	47
Macario	48
Memoria en roca	51
Condenado a la cocina	52
La Sierra	55
La instrucción	56
El juicio de la visión	58

Negra tenés la cabeza	65
Opción de futuro	66
Latencia	68
Los ancestros	69
Panacea	70
Los hombres de la luna	72
Ziraco	74
Las salsas de la abuela	76
Temazcal	79
El mal de ojo	80
El circo	82
Magia	84
Las tres muertes del negro	85
Callefour	87
Amor de negros	90
Las pequeñas cosas	92
Referencias bibliográficas	95
Agradecimientos	97

Prólogo

La letra de la canción zapatista nos decía en diversas maneras que ese “abajo” está en todas partes, y lo constituimos los hombres y mujeres comunes. A veces, está escondido, pero existe. Es sabido que la negación de ese “abajo” por parte del poder es constitutiva de las relaciones de dominio. Ahora bien, negación no es inexistencia. Negación implica lucha. El poder se esfuerza por invisibilizar ese “abajo”, pero le es imposible disolver el antagonismo que desborda el sistema de mil formas en la vida cotidiana. El “abajo” está en todas partes, ya sea como acción desbordante, como potencia o como dolor. Hacer de ese “abajo” un nosotros rebelde es el llamado de la Escuelita (2014: 58).

● Cuál podría ser el ahora de las palabras que constituyen este libro? ¿Cuál sería el lugar de la poesía en un mundo descorazonado? ¿De qué forma habríamos de pensar el mundo para que el pensamiento poético tuviera lugar? ¿Qué cabe esperar dialógicamente en los umbrales de la historia? Todas estas preguntas me asaltaron en la travesía de leer estos maravillosos relatos que nos entrelazan en este significativo encuentro que aguardan las páginas que está por remontar.

Por ello, escribir este prólogo tiene el cometido de advertir al lector que aquí yacen historias que ponen un espejo horadado en cada uno de nosotros. Un espejo que nos recuerda quienes somos y hacia donde iremos al final de los tiempos. Recobran esa tenue luz que se llama esperanza habitando los intersticios del mundo para agrietarlo. No habrá historia que usted lea que no horade los lugares más recónditos de su existencia. Aquí habitan las voces de los antepasados que solo tienen manos para asir las mariposas muertas que les heredamos quienes hemos edificado este cruel mundo.

En este potente diálogo entre vivos y muertos propiciado por la pluma, voz y corporalidad de Jhon Jairo, se alcanzan a escuchar las voces y miradas de los invisibilizados por la historia, aquellos de los que daba cuenta mi compatriota Juan Rulfo cuando en uno de los cuentos de *El llano en llamas* proclamaba que “hay muertos que no hacen ruido y su dolor es más grande”.

Angarita Ossa nos recuerda que si nuestras sociedades se han erigido sobre el olvido y la negación de la muerte administrada, paradójicamente, la muerte en los marcos de este proceso de subjetividad y subjetivación acumulativa y violenta, aguarda en la forma en que aprendemos a dialogar con aquellos que llevamos en la palabra, nuestro caminar y corazón. Por ello, es ineludible anticipar que, cada uno de los relatos compartidos por el autor surgen del constante anhelo de urdir la vida como éxtasis de cara

a la forma mercancía/muerte y nos permiten reflexionar desde la posibilidad de una acción creativa más allá del mundo de la desesperanza y la confianza y que da cuenta de un excedente social que no puede ser completamente subsumido por las lógicas mercantiles. Aquel excedente es lo que no alcanzamos a nombrar cada que terminamos de leer uno de los relatos de este libro, esa capacidad sagaz del autor de hacer habitar en las miradas de diversos seres y habitares un irrefrenable anhelo de justicia, un impulso de búsqueda de lo radicalmente otro, la ansía de apertura, la posibilidad del momento comunitario en un mundo regido por la desesperación o el corazón de un mundo sin corazón.

En mi perspectiva, *El tiempo de los otros* tiene como brújula meditativa la fuerza de recuperar los hilos históricos, imágenes esparcidas del sujeto social; aspectos considerados por las teorías sociales hegemónicas, que solo pretenden describir el mundo sin transformarlo, como sistema autorregulado, de cabo a rabo, eminentemente lógico e indiferente a los proyectos internos para la transformación. Por ello, este libro es una herramienta de lucha que re(v)ela no sólo un momento de dominación lineal y atemporal, sino, por el contrario, instantes potentes que abren remanentes hacia un cambio social radical. La poética y narrativa aquí presente rodea en forma de constelación el concepto que quiere abrir, esperando que salte de golpe un poco como la cerradura de una refinada

caja fuerte: no con una sola llave o un solo número, sino gracias a una combinación de imágenes dialécticas.

La narrativa presenta una metodología que es consciente de los materiales de la memoria y sus poéticas. En ese sentido, lo que en nuestra perspectiva el autor nos está advirtiendo, tiene que ver con el hecho de que todo documento cultural al tiempo que busca ser traducido atraviesa dos muertes simultáneas, la de la lengua que lo vio nacer y la de su proceso de significación de cara a la sociedad que lo engendra: pues, así como el tono y la significación de las grandes obras literarias se modifican por completo con el paso de los siglos, también evoluciona la lengua materna del traductor. Lo entendido y el modo de entender del proceso social son dos categorías de la filosofía del lenguaje que son fundamentales para traducir la experiencia de lectura de esta obra que hoy tiene entre sus manos. Ya que nos permiten entender la forma contradictoria en que todos los acontecimientos sociales se despliegan en la experiencia entre su misterio y revelación (Benjamin, 2000).

Lo que alcanzamos a escuchar entre líneas desde nuestra lectura de los significativos relatos que habitan esta obra, es que aquella parte que buscamos traducir, paradójicamente, siempre permanecerá intangible, solo al alcance de ejercicios que la nombren desde la perspectiva literaria y nunca academicista. Nosotros pensamos que aquello que permanece incomunicable en la experien-

cia social son las múltiples negatividades que el sujeto despliega en un mundo que lo niega y que aparecen como desbordes, anticipaciones oníricas y ensoñaciones despiertas que prodigan un mundo que ya existe dentro del nuestro y urge históricamente hacerlo despertar. Aquella inquietante fuerza –*Unheimlich*– que silenciosa aguarda en cada segundo de la historia, Bloch (2017) la llamará fermento utópico, la liberación del eros en Marcuse (1968), lo no conceptual encarnado en el concepto de Adorno (2008). La fuerza que llega, aunque la fatiga acosa como nos lo recuerda John Berger:

La historia toda estriba en anhelos que se mantienen, se pierden, se renuevan. Y con las nuevas esperanzas llegan nuevas teorías. Pero para los hacinados, para aquéllos que tienen muy poco, o nada, excepto algunas veces el arrojo y el amor, la esperanza funciona de manera distinta. Es entonces algo que morder, algo que poner entre los dientes. No olvides esto. Sé realista. Con la esperanza entre los dientes, llega la fuerza para seguir aun cuando la fatiga acose, llega la fuerza, cuando es necesaria, para elegir no gritar en el momento equivocado, llega la fuerza, sobre todo, para no aullar. Una persona, con la esperanza entre los dientes, es un hermano o hermana que exige respeto. (2006: 25).

Por esta razón, para nosotros es impostergable *sentipensar* estos relatos en el espejo de la negatividad que

los interpela, porque no solo estamos intentando hablar sobre lo que no se puede decir cosa alguna, la muerte. Sino también porque consideramos que solo en la experiencia de un lenguaje que no alcanza a nombrar a la cosa, podremos revelar los contenidos humanos moviéndose al interior del concepto. Una esperanza entre los dientes (Berger: 2006) desplegándose como un anhelo que afirma la vida de cara a los múltiples procesos de muerte. Por ello, con Ernest Bloch (2017), consideramos que estos relatos hacen abreviar un pensamiento utópico que estaría ineludiblemente ligado a un novum, un todavía aún no consciente que inquietantemente se mueve en los márgenes del mundo administrado de la mercancía. Un registro en clave esperanza que es posible gracias a la idea ferviente de que el mundo tal y como lo conocemos no ha sido concluido por completo: “De que tiene que haber aquí, por tanto, algo que no esté totalmente determinado, que no esté acabado” (2017: 46). Los existires que habitan los relatos de Jhon Jairo apelan al mundo desde utopías concretas que hacen florecer no como emociones estáticas, como la de la confianza (en algún momento las cosas cambiarán) o la de la desesperación (no hay nada ya por hacer), sino ensoñaciones despiertas que minan las lógicas del mundo dado y apremian los amaneceres de un mundo otro, como itinerarios, latencias, esbozos.

En la perspectiva del autor de estas inquietantes historias lo utópico sería lo propiamente humano. Por ende,

la experiencia que apremia la utopía no sólo sería una espera eterna a que algo ocurra sino la fuerza que inquieta al mundo cerrado de la forma mercancía. La utopía sería aquella fuerza que desborda los márgenes de lo dado, lo bosquejable, lo concluido, lo realmente existente.

Este cúmulo de relatos que hoy abreven nuestra mirada nos apremian en la necesidad de pensar el lugar del utopicum en un mundo distópico donde pareciera que solo hace falta aguardar a la desesperación de la muerte programada o a la confianza de una sociedad apocalíptica que hace de nosotros la constancia histórica de su gloria obsoletamente programada. En el caminar de cada uno de los relatos, la urgencia histórica de fracturar la sociedad de la devastación y la amargura hace ineludible la búsqueda del aún no todavía como una esperanza desesperanzada, ateamente convencida y soñadora en la vigilia de un mundo que aún puede ser transformado. Es posible, reiteramos, hablar aún de redención en un mundo que ha arrojado a los márgenes del discurso nuestras propias vidas y las múltiples muertes que día con día nos encienden la mirada.

En suma, lo que hemos hallado en este libro son utopías concretas que surgen de experiencias alternativas del tiempo y el espacio en clave esperanza y que articulan horizontes de lucha, que dibujan lo que aún no ha llegado a ser desde una experiencia que hace de nuestras vidas una pregunta, volviéndose traducible en el momento que

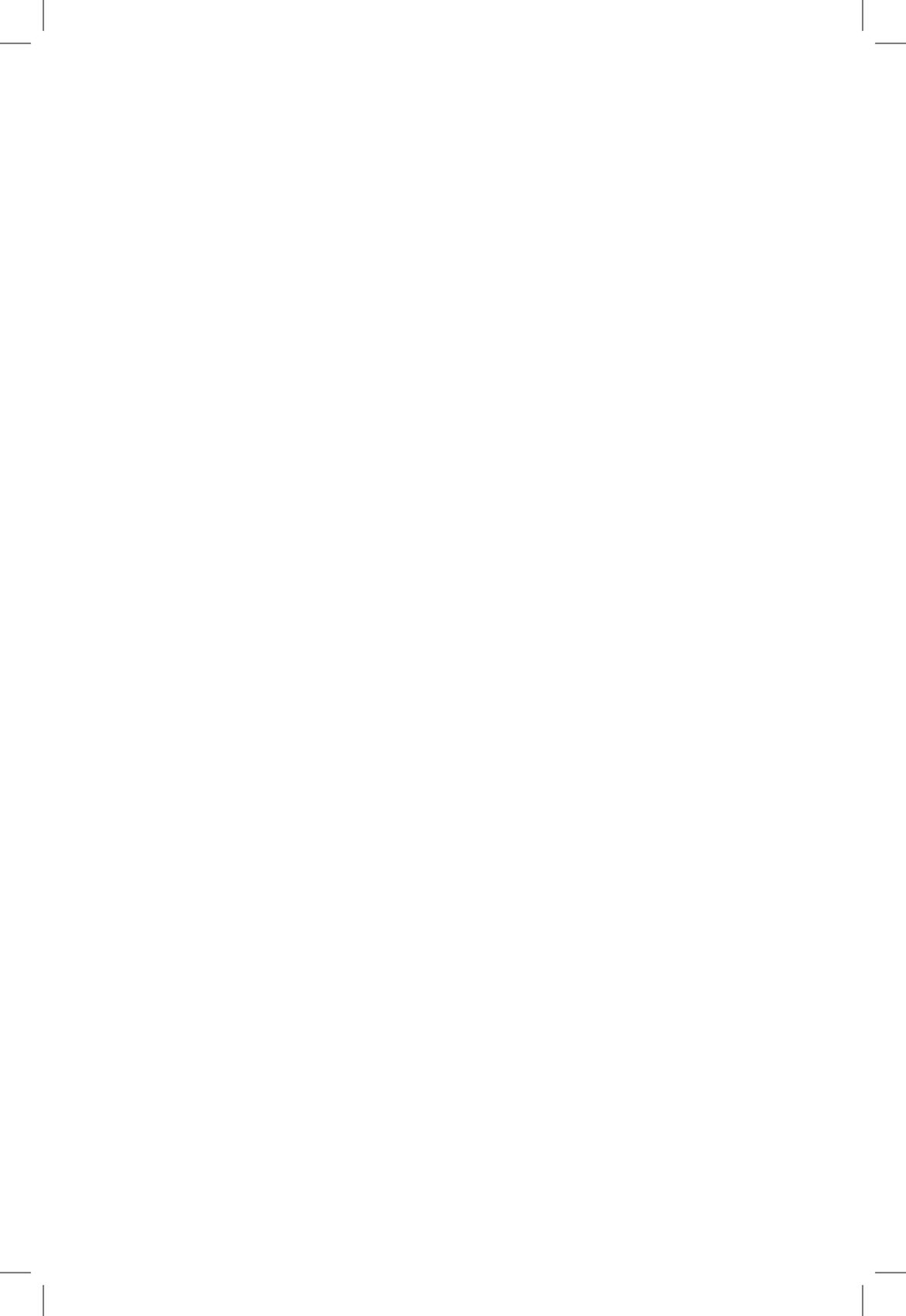
atenta contra los cimientos de un mundo que ha hecho de nuestros existires una negación profunda, cotidiana, contradictoria y ambivalente. Cada uno de los relatos que estrecharán sus manos en los próximos instantes representa una forma de lucha ante el olvido, el escarnio y un modo de comprender la experiencia humana que siempre la cosifica. Son grietas que abren un mundo donde caben muchos mundos.

Termino de escribir este breve prólogo y la luna se asoma tímida en una taza de café. Rebelde danza plateada en cada sorbo. Su luz teje un instante que es todos los instantes, todas las voces, todos los silencios. Aquella luna que une la palabra de Jhon Jairo a la mía, una madrugada acarició mi mano y me conminó a escribir: “Nunca más un mundo sin nosotros”, me dijo emocionada. Desde el umbral de la historia, con aquellos que solo tienen la esperanza para asir el mundo, nunca moriremos del todo. Aquí estamos.

Guillermo López Varela

Doctor en Sociología
Universidad Intercultural del Estado de Puebla Tlacotepec, México





Subalternos

Negros encadenados con grilletes destilaban lágrimas y sudor. Los buques repletos de seres sin alma llevaban consigo lo que no puede quitarse.

Al tocar tierra americana, sus tripas aún traían los rezagos de la comida de origen. Los kilómetros de intestinos, de hombres y mujeres, contenían aún las semillas de la flora africana, que sin saberlo, originó y cultivó la resistencia; pues germinaron las plantas, justamente, donde el opresor no controló, en las cloacas fértiles de las barracas de los negros; allí, donde la mierda se hizo yerbas, medicina y también comida. Así de visceral es el puente entre África y América.

Picaflor

La voz de las aves no se escuchaba... pedían auxilio. Otras especies se alertaban, y las que podían intentaban huir ante el demonio que se aproximaba. A lo lejos se escuchaban los rugidos.

El corazón de un picaflor latía a revoluciones mientras sus alas chispeaban gotas de rocío, que no alcanzaban a cubrir a sus criaturas. Por desgracia, los pequeños se ahogaban por el rugido de la bestia que ya estaba sobre ellos.

De repente, un silencio ensordecedor lo cubría todo. La ansiedad se apoderaba de los pequeños seres que esperaban un nuevo rugir.

Guacharacas, pechirrojos, compases y fruteros de cabeza negra parecían absortos ante una muerte segura. A pesar del silencio, una humarada de azufre y carbono cubría lentamente el ambiente.

Lo esperado: el estruendoso rugido de la bestia estallaba los pequeños corazones en medio de una bruma de confusión, ahogo e impaciencia.

¡Los impotentes corazones ya no latían!

Al fin llegó el año nuevo, entre abrazos y alegría las luces de la pirotecnia, que alumbraban de belleza el cielo, daban la estocada final.

Crónica de los vencidos

La mayora Beatriz aun cuenta en la *tulpa*, junto al abuelo fuego, lo que los cronistas se negaron a relatar. Hace muchas lunas que los invasores llegaron con engaños intercambiando extraños artefactos, tomando las mujeres y robando tierras.

Pero hubo una tribu de guerreros y guerreras que luchó con todas sus armas. Fue llamada los *pacttu*, seres que hablan por detrás. Se comunicaban con las flatulencias.

Al inicio de la batalla, los foráneos, revestidos de yelmos y mallas, al escucharlos no podían contener la risa y estallaban en fuertes carcajadas en medio de los inusuales sonidos. Delatando su ubicación, y con escaso cálculo militar, se convertían en el blanco perfecto de los dardos mortíferos.

El general Ordaz se negó a pactar tregua alguna, y sin querer otorgar más crédito a la insolencia de los aborígenes, solicitó tapones de miel con mezcla de legía para tapar los oídos de sus acorazados.

Una mañana el general ordenó la avanzada y lanza en ristre confrontó a los nativos en una estrategia cuerpo a cuerpo, esta vez el silencio de la batalla prometía la victoria a no ser por el fétido diálogo de los aborígenes que ahogó la nueva táctica militar.

La partera

Uno de los rituales más esperados por los Mamos era el descubrimiento de la niña, que ocurría en luna llena. Las parteras llegaban con el rostro sin ninguna emoción aparente. El ritual de develamiento de la futura partera iniciaba con la selección de las niñas antes de su primera menstruación; cada virgen era auscultada minuciosamente por las matronas: sin quitarle la ropa escuchaban sobre su pecho. Poco a poco eran descartadas las que no pudiesen controlar los latidos de su corazón.

Al rato, una de las parteras, con olor aromático, revisaba la forma de las manos de cada niña preseleccionada; se inclinaba junto a ella y escuchaba sus manos, reconociendo su capacidad sensitiva y, en especial, su instinto.

Tres pruebas debían superar las pocas niñas que llegaban a esta selección: escucha, lenguaje y decisión.

En la plenitud de la luna, las féminas, tomaban brebajes preparados por las parteras, y colocando su oído sobre las panzas de algunas mujeres, debían reconocer quienes estaban gestando. Escuchar los latidos de la criatura no era suficiente, también debían determinar el sexo. Las parteras eran agudas con el oído, tanto así, que también encontraban tumores y otros elementos extraños que se alojaban en los cuerpos de las mujeres.

Identificadas las gestantes, las niñas con sus manos sobre la panza debían acercarse al lenguaje de la criatura y pedirle su complacencia, que en el caso de las elegidas era correspondida con movimientos. Dos o tres preguntas debían contestar las criaturas; las parteras acompañaban la traducción, pues los seres que no han visto la luna se comunican con fluidos. Las matronas vertían pequeños chorros de agua sobre la panza de la gestante y, en respuesta, se observaban pequeñas vibraciones que las niñas intentaban comprender antes que el fluido retornara a la tierra.

Sin embargo, la última prueba, decisiva y talentosa, ocurría en los casos en que la madre corría peligro: la criatura se enredaba el cordón umbilical sobre su cuello y la niña debía ir en su búsqueda, introduciendo su pequeña mano por la cavidad dilatada, negociando la vida de esta en las profundidades de la madre.

Pero ocurre que no siempre se lograba, de cuando en vez, algunos prematuros encontraban en aquel cordón la horca que los salvaría de llegar a la tierra. Allí es cuando la niña debía interpretar que la criatura no quería ver la luz de este plano terrenal y respetando su decisión le ayudaba a seguir su camino en el inexplorado mundo de la energía cósmica. Ese es el nacimiento de la partera.

Negro bruto

Al negro bruto, el que vendió toda su vida cocadas y papayuelas en las playas del Callao, un extranjero que pasaba le preguntó:

—Vos que solo sabes moverte por estas playas, ¿hay algo que te gustaría aprender?

El negro de inmediato respondió:

—Todo, pues mañana seré otro y tendré que aprender ese día, como también aprenderé el día en que escriba sobre la tapa interna de mi ataúd, en la oscuridad eterna: «Aquí no me quedo, me voy a conocer la luz del más allá».

Interculturales

Al pasar la frontera fuimos capturados y llevados a un gran salón con rejas. Todos cabizbajos, padecíamos de un rostro sin país. ¿Qué éramos? Desterrados, capturados, parias sin tierra.

Al pasar los días, la costumbre se hizo natural y nos hicimos a la idea de pasar la voz.

El lunes, desde el primer pabellón, los bolivianos daban la campanada: “ahí viene la jovera churca”.

El martes, los de la esquina del salón, los de Guate, susurraban: “Ahí viene la cancha colocha”.

Los miércoles no venía, solo las requisas de un policía que toqueteaba a las mujeres para humillar a los hombres.

De nuevo el jueves, los chilangos, que sumaban más de la mitad del pabellón, avisaban: “ahí viene la china güera”.

El sábado, los colombianos del pabellón de enfrente, decían: “Pilas, parece, ahí viene la mona crespá”.

Esa era nuestra rutina intercultural, estar atento para alertar a los hermanos de la patria grande, que pronto venía la misma jodida rubia de cabello ondulado, que pasaba cada semana escogiendo los latinos que iba a deportar.

La línea invisible

La literatura relata lo que la historia no ha querido contar. A inicios de este siglo, la Colombia digna y rebelde se apoderó de la calle; una horda de jóvenes soberbios y delirantes enfrentó a un ejército de máquinas despiadadas. De la confrontación surgió una paradoja: el caos y el orden en simultáneo; seis líneas visibles y una invisible.

La sexta línea fue creada por periodistas y relatores, que voz a voz usaron redes sociales y pasquines para llevar al mundo la revolución. Imágenes y notas de una guerra popular fueron difundidas para dar a conocer al mundo que a los jóvenes los estaban matando.

Los derechos humanos fueron asumidos por la quinta línea, que siguió el rastro de los desaparecidos; descubrieron en la tortura una táctica contra rebelde y, ojos en manos, revelaron los daños colaterales de un conflicto que dejaba víctimas a ambos lados.

Muy cerca estaban los proveedores de agua con bicarbonato y vinagre, con megáfonos eran estrategias de la retaguardia. Conformaban el equipo: paramédicos, enfermeras y humanistas. También se ocupaban del apoyo médico y el rescate de heridos. Por lo anterior y mucho más, eran la cuarta línea.

La tercera línea, se encargó de hacer barricadas y disipar los efectos de los gases; construían innovaciones como escudos con el símbolo ‘PARE’, cascos de olla, hondas, caucheras y apagadores de gases lacrimógenos; también eran recolectores de piedras.

Los jóvenes con brazos fuertes y buen tino, integraban la segunda línea, usaban los distractores de láser para confundir al adversario, eran la ofensiva y fuerza de choque, lanzaban piedras, bombas *molotov* y de pintura.

Todas las líneas apoyaban a la primera, concebida como la vanguardia, que protegía el punto de resistencia, la barricada, el territorio.

Pero hubo una línea invisible que relataba con esmero el detalle de la piedra impactando la bota, del gas burlado por las trampas de agua, de la leche bendita surtiendo efecto, del olor a sangre que salpicaba el pavimento y se mezclaba con adrenalina y estupor. De la justa rabia que digna y delirante se mezclaba con gritos de justicia. Esta línea escribió y sigue haciéndolo con la pluma libre y creativa para dejar en la memoria de quien lee una versión de la revolución.

Chepita

El suburbio, en un rincón olvidado de la ciudad, para muchos el «Calvario», es un infierno en el que solo es posible la desgracia. En una de sus esquinas, roída por el tiempo y perdida por el tumulto de sombras sin alma, sobresale Chepita, como le dicen de cariño a la negra de culo grande y sonrisa torcida.

Todas las mañanas lleva su olla brillante al fogón. Pronto las yerbas tiñen el agua que dan sustancia al hervir, y la ofrenda de viejas puertas y ventanas alimentan el fueguito.

Los muchachos van llegando, con rostros dañados por el pasado y el caminar prevenido. Traen una papa, un par de zanahorias y hasta pedazos de yuca que han sido rescatados de los desechos del gran mercado.

—El espinazo le da sustancia a la sopa, pero si no hay: con vísceras de pollo todo se resuelve —dice Chepita.

Yeison es el héroe del día, se robó unas cuantas vísceras del supermercado. Todos se ríen con sus dentaduras muecas, mientras la cocinera revuelve con una pala grande el combinado y da la señal para bajar la olla. En poco tiempo una fila uniforme atraviesa la cuadra, todos se saludan con un movimiento de cabeza, bajo

la tregua de la comida, “porque la fila de doña Chepa se respeta”.

Los hambrientos se apilan en el andén y devoran el combinado; con la boca llena le tiran piropos a la cocinera y suavizan el gajnate con agua de panela con limón.

Bajo códigos locales, algunos se van retirando con sus frascos de pegante y otros esperan el turno para salir, mientras en la frontera de la tregua se escuchan madrazos a diestra y siniestra.

Algunos se quedan esperando el pegado de la olla, pero Chepita los despide diciéndoles:

—Es el tiempo de los otros.

Tras ella se encuentra una fila de perros esperando en segundo turno que la cocinera les sirva la que será su única comida del día.

Santos misioneros

Las noches de los sábados cubría de ansiedad la vida de los moradores de aquel pueblo muy cerca de aquí... Eran agobiados por ruidos extraños y carcajadas burlescas. Casi siempre, al siguiente día, aparecían los barones con extraños chupados en su cuerpo.

La junta de vecinos decidió pedir ayuda al obispo, y a las pocas semanas fueron enviados algunos misioneros a investigar el caso. La primera medida que impusieron fue el rezo del Santo Rosario todas las noches. Las cantinas y burdeles quedaron prohibidos. Los hombres fueron separados en espacios exclusivos para exorcizar posibles presencias malignas. Las mujeres crearon círculos de oración y el fervor religioso se volvió tan común: que en el mercado vendían el kit de oración compuesto por una liturgia, agua bendita y la camándula con la cruz de los misioneros.

A los pocos meses, los extraños eventos retornaron, esta vez las mujeres aparecían con chupados incisivos y pequeñas cortadas similares a juetazos sobre su cuerpo; lo más sorprendente es que las mujeres declaraban no sentir dolor alguno.

Los misioneros doblegaron sus esfuerzos y se colocaron cruces en las montañas cercanas; en ocasiones, se

organizaban incursiones rurales y viacrucis; como los eventos continuaron, los misioneros decidieron que los gatos negros fueran desterrados. Las circunstancias de los eventos llegaron a oídos del obispo quien no dudó en enviar más misioneros.

Algunas mujeres aparecieron embarazadas y sus esposos las abandonaban por miedo a las criaturas. Los santos misioneros crearon una institución de apoyo a madres solteras, el amor religioso era devocional. Poco a poco los extraños eventos fueron desapareciendo; sin embargo, hay quienes piensan que en ese pueblo con el tiempo está creciendo un mal mucho peor.

Cleptómano de corazón

No sé el momento en que inicié. Si bien, no ha sido planeado, solo sé que robé muchos lapiceros, arrasé los de la oficina. Sin piedad, pasé tomando cuanto objeto pude de la casa de mis amigos; no hubo vecino que no padeciera mis usurpaciones. Es difícil advertir la naturaleza de tan singular pasatiempo. Luego de los lapiceros pasé a hurtar autos, joyas y bancos. Fue una experiencia que me trajo alegrías y desdichas, pues como una vez dijo Cabral, el conquistador se vuelve esclavo de lo conquistado. Siciar mi apetito de cleptómano material dejó de ser pasatiempo para convertirse en mi profesión, cualquier objeto era posible.

Una noche de copas, cuando me jactaba de mis conquistas y trofeos, con mi viejo amigo Chember, este no resistió la provocadora idea de retarme, me dijo que a pesar de mis innumerables botines había algo imposible de robar. Con el entusiasmo de un niño tras un juguete nuevo, advertí su provocación, pero con ímpetu le dije: ¡lo obtendré! Con voz socarrona y alcoholizada me dijo: “Te reto a que consigas el amor de una mujer”. Un mes es todo lo que necesito, le advertí, cerrando la conversación con la última copa.

Así que, en adelante, decidí empezar robando besos, miradas, cariños, abrazos y amoríos extravagantes. Me sacié de besos y amores que no eran para mí, pero los robé igual, esperando así acercarme a mi gran botín. En esa búsqueda me sentía incompleto, porque el problema de un cleptómano es su desidia por lo propio, su afán por la victoria en la conquista de lo ajeno. Fue allí cuando intuí que obtener el amor de una mujer me llenaría y quizás en ese momento descubriría el fin de esta profesión, pues sería la cúspide de mi carrera, el premio mayor para retirarme con honores. Sin embargo, requería de una estrategia, los mejores ladrones siempre tienen una; como había aprendido para un gran robo se requiere la estrategia más simple, pues aplica la máxima de “menos es más”. Después de mucho cavilar por fin la tenía, mi gran idea era que para alcanzar el amor de una mujer debería robar su corazón.

Busqué en bares nocturnos, parques, centros deportivos, hasta en bibliotecas, pero nada pude encontrar. Seguí buscando entre amigos, compañeros, vecinos y desconocidos, pero nadie dejaba desprovisto de seguridad su corazón. Algunos ya estaban comprometidos, otros tenían el corazón roto y hubo quienes se encontraban muertos en vida. Mi tiempo se acababa y decidí variar mi estrategia,

pues si a fuerza de hurto y rapiña no he logrado robar un corazón, por primera vez me atreveré a conquistarlo en franca lid, ¡sea quien sea!, no me interesa el género o si es queer o pansexual, me da igual. Mi declaración tuvo por respuesta el encuentro con una mulata de largos cabellos de la que sentí enamorarme. Extrañamente la conocí gracias a Chember, en una visita que realicé a su finca en un pueblo olvidado llamado Villa Carmelo, aún recuerdo que la vi en la fonda de los gitanos, fue allí cuando decidí que sería mía.

Debo reconocer que estuve tentado a robarle el corazón a la primera oportunidad; sin embargo, opté por conquistarlo sin ardid, esta era mi estrategia. Acudí, entonces a su padre, un hombre de mucha edad y dueño de un clan de hijas paridas por sus tres mujeres, al que le manifesté mis intenciones, según las viejas enseñanzas. Se llamaba Melquiades, hombre de barba extravagante y forrado en anillos y escapularios. Sin miramientos me despojó de mi dinero y luego me rechazó. “Solo te diré el nombre de quien pretendes y eso es todo lo que obtendrás, pues su corazón nos pertenece”, sentenció. Su nombre es Jofranka, mi doncella de tersa piel y ojos saltones.

Ante la resistencia del patriarca acudí a sus herma-

nas para obtener aliadas que intercedieran por un encuentro clandestino, y a los pocos días cuando estuve a punto de lograrlo, ocurrió que, habiendo salido con sus dos hermanas a un río enclavado en Los Farallones, un vendaval descolgó la montaña para tragarse con fuerza el último aliento de Jofranka.

El viejo clan comandado por Melquiades y su séquito de mujeres inició las honras fúnebres con una septena, siete días de baile y bebida en la que cantaban por la memoria de Jofranka, bebían un extraño fermento espeso de color oscuro, solo accesible para el clan. No sé de dónde tomé fuerzas y me aventuré a recobrar el corazón de mi amada. Sería mío a como diera lugar.

Al octavo día del entierro me introduje en el improvisado cementerio, cavé para sacar el cuerpo de Jofranka. Al encontrarlo, introduje mi mano en su tórax buscando mi tesoro. No lo hallaba, introduje la otra mano, su interior parecía una caverna extensa e insondable; así que con esfuerzo encontré un espacio vacío en su pecho.

Advertí que ya habían robado su corazón: durante siete días ellos se bebieron a Jofranka.

El dulce

—¡Eduvijes, vamos a salir de pobres! —le dijo Enemesio mientras batía la leche para hacer el dulce.

Habían encontrado la vieja receta de la abuela que era famosa en todo el Valle del Cauca por ser el origen de su fortuna y que no compartió con sus dos sobrinos.

En un papel amarillento con letra a lápiz decía:

Cinco piedras redondas del río se vierten en el fondo de la paila.

Se mezcla la leche con el arroz y el azúcar a fuego lento.

Cien veces se debe batir, ni una más ni una menos.

A las primeras ebulliciones el dulce hace “ojitos” y, si ves detenidamente, puedes ver el rostro de lo más querido.

Cuando el dulce se torna de color moreno se introduce el cuchillo, si sale cremoso ya está.

Después se vierte en los mates, pero no se debe tocar el dulce porque se amarga.

—Tan sencillo como eso —decía Enemesio.

Estaba feliz, por fin saldrían de pobres. Estuvo listo el dulce y empezaron a verterlo en ciento cincuenta mates. Terminaron a la media noche. Y hacían cuentas, cada tanda les daría un millón, pronto tendrían millones.

—¿Sabes vieja? Lo más rico de esto es el dulce pegado en la paila.

Con los dedos pegajosos se lamía. Cuando terminó sacó las piedras, pero solo encontró cuatro.

—¡Maldita sea!, una piedra se fue en un mate —dijo Enemesio con frustración.

—¿No será que se desvaneció? —respondió Eduvijes.

—No seas tonta, no te fijaste y echaste una piedra... Ahora no podemos vender ni un solo mate.

—No señor, los vamos a vender. —replicó la vieja con vehemencia.

Tomó un cuchillo y se disponía a chuzar los manjarblancos, cuando Enemesio le grito:

—¡No seas loca! No se pueden pinchar, perderíamos todo. Nadie te va a comprar un dulce pinchado y menos amargo.

Esa noche no durmieron desconsolados por su desgracia.

Pero, al día siguiente, Enemesio se levantó contento y ansioso.

—Tengo la solución —planteó a Eduvijes, como cuando un niño descubre la respuesta a un acertijo.

—¡Haremos un concurso!

Eduvijes no entendía. Refunfuñando le dijo:

—Tenemos un problema y no es hora de andar con bobadas de concursos.

—Espérate Eduviges, es un concurso para encontrar la piedra.

—¿Cómo así? —respondió ella con rostro incrédulo.

—Sí, el que encuentre la piedra ganará otro manjar blanco, así de sencillo —le explicaba Enemesio, mientras daba golpecitos a su cabeza con un mate y hacía gestos de sabio.

Eduviges se quedó pensando, sonrió y dijo:

—Bueno, hagamos el concurso.

Así fue como a la casa de Enemesio y Eduviges llegaron cientos de personas que traían piedras del río y reclamaban otro dulce.

El ladrón

José Nigero Paredes, un negro zambo y costeño, le confesó, momentos antes de ser ejecutado en la horca, a su compañero de celda:

—Toda mi vida fui un ladrón, pero nunca robé lo innecesario y tampoco me declaré inocente, no me arrepiento; pues, siempre devolví lo que no merecía y así logré dejar limpio mi corazón.

El compañero, que logró salir tiempo después, recordó cada palabra del costeño y fue así como decidió entregar abrazos, besos y caricias, que durante años había robado.

Los tres platos del día

Primer plato

Bajo un sol intenso, un día largo sin limosnas en la gorra. Nicanor, apenado y con la cabeza baja, se acercó al señor del restaurante.

—¿Me puede vender las sobras, por favor? Tengo algunas monedas. Hay tres animales que me esperan en casa.

El vendedor pensó un momento y viendo el aspecto de Nicanor le respondió:

—Sí, claro, pero, ¿con huesos y todo revuelto?

—Sin huesos, por favor, es su primera vez.

Segundo plato

Milena recogía agua de lluvia que destilaba de las viejas latas que cubrían el rancho de cartón, con esto ponía la olla en el fogón. Luego, una revista de cocina, un periódico del año pasado y algo de yuca que salió de la rastrojera de atrás, como si la tierra diera su aporte a la comida de esa noche. Todo se fundía con un poco de fuego.

Las tres criaturas se llenaban el buche y dormían, soñando con el gran banquete que las revistas de mamá traerían mañana.

Tercer plato

Octavio, Pablo y El Gato en su casa de juguete machacaban las latas de cerveza, luego jugaban al bunker en el que se deleitaban con toda la comida que querían. Pedazos de hamburguesas, perros fríos, crispetas y cunchos de gaseosa que al juntarse se transformaban en una mezcla azucarada que llamaban Frutigas. Por fin, esta noche dormirían satisfechos, junto a las marcas de cine más renombradas del país.

La serpiente emplumada

El 19 de abril de 1985 Selene cumplió quince años. Su época le invitaba a ser irreverente y rebelde, convencida de ello hizo de su piel su campo de batalla. No esperó los dieciséis para hacerse el tatuaje de una serpiente emplumada que iniciaba en el dedo corazón de la mano derecha y se extendía por su brazo hasta algún lugar de su espalda. El alebrije que cobijaba su lado derecho era de origen onírico, lo había soñado cuando niña durante una excursión a la montaña Pico de Loro en los Farallones de Cali. Se posaba sobre su mano un animal de extraña forma semejante a una serpiente y a un ave. Fusionados en el mismo cuerpo, llegaba volando desde Pico de Loro, revelándole una verdad futura: “Si llegas a los treinta años conmigo en tu brazo, habrás destruido a tu peor enemigo”.

Al inicio, llevar el tatuaje en su cuerpo no fue fácil. Contrariada por su familia perdió todo el apoyo y obligada a trabajar no lograba una labor bien remunerada. En cambio, sí le llovieron propuestas en circos, burdeles de gran fama y en reservados que pagaban la presencia de lindas mujeres con tatuajes extravagantes que atrajeran el curioso interés de los caballeros de la élite. Su ambición fue superior al pudor, aceptó con algo de temor. Hombres

de estampa fina y ricos perfumes la sedujeron. Noches ardorosas entre deseo y repugnancia amasaron su cuerpo, pasando de cama en cama entre brazos desconocidos se forjaba su carácter. Aprendió el arte del engaño y con ellos la sed de poder y riqueza, esto hizo que la serpiente cobrara vida en las noches de lujuria y se alzara fuerte e invencible.

Selene descubrió las cualidades de su diestro reptil y las adquiridas habilidades en el encantamiento de los hombres. Se alegraba de saber que el tatuaje permanecía de forma indeleble sobre su piel; pese a esto, su cuerpo se fue marchitando y la luz de sus ojos se desvanecía tras cada noche.

Varios años logró permanecer a la sombra de un reptil que tomaba fuerza y se hacía imponente y poderoso a costa de su ser, de su cuerpo disminuido. Antes de morir, Selene tuvo una visión en la que una mujer desdichada en lo alto de Pico de Loro le reclamaba a una serpiente emplumada: “Me prometiste que vencería a mi peor enemigo si te llevaba conmigo”. La serpiente le miró fijamente y le respondió: “Así fue”.

El 23 de febrero de 1996 Selene yacía en la cama de un burdel. Su cuerpo sin vida, inerte y pálido, no daba muestra de tatuaje alguno sobre su piel.

La vidente

—Mamá, ¡la empanada está viva!

—¿Qué dices?

—¡Qué la empanada está viva!, no me oyes.

—Mija, ¿qué la empanada viva?, no sea boba.

—Si, se acaba de mover, mírala, mírala...

—Voy a ver, Calixta, y no me vengas con bobadas...

—Cométela ya, ahí está esperándote, tiene camarones y guiso de chontaduro.

—Pero, no me la puedo comer, mamá.

—¡Déjate de quejaderas y te la comes ya! Aquí tienes el jugo de chontaduro para que la acompañes.

—Mamá, pero está viva, no me la puedo comer... ¡está viva!

—No veo que se mueva nada, me la voy a comer y te quedas sin comer.

A los pocos meses la madre de Calixta daba a luz una hermosa niña, a quien llamaría Magdalena.

—Te dije, mamá, que la empanada estaba viva.

Mañana cuando aparezca

Le tendré lista su comida preferida... su mejor traje estará planchado y sin una arruga.

Le entregaré un cerro de cartas, pero no las tendrá que leer todas, se las voy a contar.

Voy a besarle sus orejitas como cuando era pequeño y le daré su nalgada por haberse perdido tanto tiempo.

Ya llegó, por fin el amanecer, y preparo tu comida mientras observo tu traje, en él he puesto la última carta, pero no puedes leer, tampoco escuchar, mucho menos comer o lucir el traje.

Al menos apareciste.

Macario

Macario era un hombre octogenario, diabético y lento que salió del hospital una mañana de junio en la que asomaba el verano, cerca de una reconocida playa del Caribe. Su hijo Juan, que lo culpaba por la muerte de su madre, había decidido no escucharlo más. Ese día tuvo que recogerlo, no lo veía hace cinco años, a partir de una riña en la víspera de la muerte de la madre de Juan.

Al cabo de una hora llegaron al edificio concéntrico en la zona de hoteles donde Macario mencionó que quedaba su apartamento. Al entrar, el portero no se encontraba, Macario, mirando de reojo a su hijo, le dijo:

—Es el quinto piso, pero el ascensor está dañado.

Eran más de doscientas gradas, calculaba Juan, y lo peor, tenía que cargar a su padre, pues iba en silla de ruedas, después de la amputación de todos los dedos del pie derecho, gracias a la diabetes.

Sin pensarlo mucho y con interés de irse rápido, encaramó al viejo sobre su espalda y empezó a subir cada escalón. En el ajetreo Macario le decía:

—¿Recuerdas cuando te llevaba a tun tun y jugábamos en la piscina?

—Si recuerdo, pero no hables, te haces más pesado.

Pronto llegaron al primer piso. Juan desmontó al viejo, lo recostó al pasamanos y tomó aire. Notó que ese entrepiso era diferente a la primera planta, había persianas de colores y en el ambiente se percibía el aroma de incienso acompañado de música afrodisiaca. Vio pasar una mujer cuasidesnuda por el corredor que se perdió en un apartamento con luces rojas que invitaban a seguir.

Juan pensaba que pronto tendría que volver.

Sacudiéndose la cabeza, decidió retomar su carga y con impulso llevó al viejo hasta el segundo piso. En el trayecto, Macario le contaba historias de cuando él lo cargaba hasta el cansancio como si este esfuerzo fuera el pago de una deuda de la infancia.

En el tercer piso Juan estaba sin aliento, y casi rendido escuchaba las historias de su padre porque no le quedaba opción; sin embargo, empezaba a recordar las leyendas de su padre, las que le hicieron valerse del mote de ‘palabrerero y embaucador’.

Al llegar al cuarto piso.

—Solo falta uno —dijo con esfuerzo entre dientes.

Pensó que estar con su padre no era tan malo, podría darse la oportunidad de recordar las viejas historias y también intentar perdonar tantos desaires y mal inten-

cionadas situaciones en las que con lamentable asombro Juan caía como un chiquillo al que le juegan las peores bromas.

—Un esfuerzo más, papá...

Cuando por fin llegaron al quinto piso, cansado y sudado, sus ojos fijaron la mirada y su rostro se desfiguró al ver que se abría el ascensor y salía el vigilante que extrañado se dirigía a don Macario, para decirle:

—Don Maca, ¿qué hace usted acá?, su apartamento está en el primer piso.

Memoria en roca

En el país de las piedras existen dos clases: las que hacen fila para incorporarse a las estructuras en las cuales solo un número definido y exacto puede caber. El peso, el volumen y la talla de cada una constituye el mecanismo que les posibilita formar parte de la estructura. Por esto, son las piedras del poder, gustan de ser cuantificadas pues quien no se cuenta no existe. Son estas las que desean ser contadas. Con ellas se construyen casas, edificios, barrios y ciudades.

Sin embargo, existen otras que no pueden ser contadas, son demasiadas y diferentes a las de la estructura. Las hay diminutas como arena y otras de estampa imponente que retan al río por años y siglos. No importa su forma, color o sabor, ninguna tiene igual, todas hacen gala de su diversidad y entre estas se reúnen a contar las historias de sus ancestros, las rocas, pues son las que tienen memoria. Entre ellas cuentan que el origen es uno solo, este se encuentra en el fuego profundo que las ha creado, en el frío del agua que las esculpe y en el viento constante que las pule, así la tierra las cubre para dejar a la vista la esencia de su tradición.

Condenado a la cocina

Momentos antes de morir, a Alcibíades le dijeron que podía pedir su último deseo.

Recordó la sazón de su madre y, en especial, el guiso de habichuelas con carne adobadas con especias extraídas del patio de su abuela, lugar que olía a orégano, cimarrón, albahaca, perejil, laurel, romero, hierbabuena, tomillo, culantro y muchas plantas más. Embebido en el recuerdo dijo:

—Quiero el guiso de habichuelas de mi madre.

Como era deber del alguacil, envió por el solicitado plato. No obstante, los emisarios no lograban encontrar quien pudiese prepararlo pues la madre del reo no vivía y tampoco ninguno de los familiares de aquel desdichado hombre.

Se resolvió concederle la preparación a Alcibíades, que de inmediato pidió la vieja vasija de barro de su abuela y la cuchara de palo que su madre usó por años, además de los productos para elaborar su anhelado plato.

La preparación no tardó más de una hora y durante el proceso los testigos presenciaban la maestría con la que el reo-cocinero hacía posible el gran plato. Fue muy comentado entre los presentes la agilidad de sus manos,

el corte preciso de cada verdura, pues no había medidor alguno; solo una pizca aquí, una probadita acá.

En el proceso, un olor celestial surgía de la cocción, gracias a la alquimia que aquel hombre había creado en la vieja vasija de barro. También, hay que mencionar que el fuego fue manejado con gran habilidad.

Los testigos, incómodos con el olor, pues solo se haría un plato, eran acosados por sus papilas gustativas que pronto fueron asaltados por recuerdos familiares, y de una manera inédita recordaban el plato más querido de su infancia. Poco a poco la ansiedad se tornó en desespero, a tal punto que algunos testigos pedían que se trajeran más productos para que el habilidoso cocinero replicara la obra maestra. “Si sabe cómo huele este plato debe ser premiado”, decían algunos.

El condenado, al percibir que el desespero iba en aumento, accedió a compartir parte de su último plato con un par de comensales, a quienes les dio de a cucharada. Los degustadores entraron en *shock* al sentir que una cucharada no era suficiente, pues al probarla su gusto producía una inmensa sensación de deleite, placer y amor. Habían vuelto al momento preciso en que sus labios probaban la leche materna.

Los probadores consideraron que lo sentido no tenía descripción alguna y que su sensación había provocado una conexión directa con los sentimientos más íntimos.

De inmediato el reo fue decapitado.

En el epígrafe de la tumba de Alcibíades quedó plasmado: “Aquí yace el hombre que peligrosamente amenazó el reino con la magia oculta disfrazada de buena cocina”.

La Sierra

Manuel, el guardabosques de La Sierra, en su viejo cuaderno atesora más de un centenar de recorridos como guía, pero también lleva la lamentable cifra de treinta y nueve perdidos, a quienes se los tragó la tierra, nadie pudo dar con ellos en semanas de búsqueda. Algunos dicen que se los llevó la guerrilla o los “paras”; otros, afirman que existe un portal a una dimensión paralela que no tiene retorno; también que, seres mitológicos, como ninfas, silfos, pigmeos, salamandras y demás espíritus, habitan este territorio.

Pese a todas estas conjeturas, quizás podría haber pasado que se dieron a la fuga tras un amor improbable.

Muchas historias ha escuchado este guardián de La Sierra, pero ninguna lo convence.

Lo cierto es que Manuel lleva años recorriendo cada trocha con su cuaderno en la mochila, contando los pasos de los lugares en los que vio por última vez a los desaparecidos.

Su conclusión es que hay personas que no cuentan con el permiso para entrar, y en esto la naturaleza es inexorable, actúa con tal avidez que toma como suyo al invasor y lo funde en la urdimbre de sus raíces.

La instrucción

El pueblo siempre fue muestra de la mejor educación. En la cuadra de las maestras había una que instruía a los párvulos, teniendo a cuenta varias generaciones. Cada padre, con hijo varón en edad precoz, acudía a ella para romper el miedo de la primera vez.

Cada noche, con minuciosa ceremonia, un padre esperaba en el viejo sillón, fuera de la casa, mientras su hijo perdía los miedos ante la esbelta figura que lo instruía. No había pago alguno, tan solo el convenio silencioso de continuar con la tradición.

Al tiempo, los chicos sufrían cambios visibles: su comportamiento era más recio, similar al carácter común de los hombres del pueblo. Pero, lo más importante era la personalidad reservada y silenciosa, que esculpía un temperamento solitario, condición a la que debían la riqueza y prosperidad de las familias del pueblo.

En el momento indicado, los jóvenes eran casados con una joven de otra familia para multiplicar la prole, contaban con el apoyo del club de barones, un espacio vetado a las mujeres y que ayudaba a sus miembros a recrear las prácticas de la tradición local.

Pero, los tiempos cambian. La prosperidad trajo la migración y con esta llegaron los liberales, gente con dudosa educación, que hacía montajes reprochables en el período local, como los comentarios insanos que develaron la ausencia de mujeres en la calle de las “maestras”.

El juicio de la visión

Hace treinta años, en una noche de abril, tuvo lugar un suceso difícil de olvidar. Arribó a la casa Pablo, un viejo amigo de mi padre, acompañado de un hombre de cuerpo rígido y lentos movimientos. Mi madre los recibió atenta y diligente en la mesa. La conversación se extendió por más de una hora y al término, ella dio por hecho que el hombre arrendaría la habitación trasera por tres mil pesos. Daniel se llamaba el nuevo inquilino. Pablo lo había conocido hace poco como limosnero. Era joven, costeño, delgado, con cabello ondulado y manos finas, como las de un oficinista; su postura siempre recta y su rostro inexpresivo demostraba que había perdido los gestos de alegría, como si algo terrible lo hubiese borrado de sopetón. Su vestimenta era simple: jeans, camisa polo con el cuello torcido, zapatos negros, medias de distinto color y grandes gafas negras, que con el tiempo nos preguntaríamos si en algún momento se las quitaba. Después de acordar el alquiler, Daniel preguntó:

—¿Quién vive aquí?

Mi madre respondió:

—Mis tres hijos y yo.

—Solo pido que en la noche no sea molestado, no importa lo que escuchen.

Así se convino. Mi madre era partidaria de respetar el descanso de otros. Mis hermanos y yo, ubicados detrás de una cortina que dividía la sala de la habitación principal, mirábamos con extrañeza al hombre mientras nos enterábamos de todo.

Después de unos días, se hizo costumbre escuchar una risa socarrona a las seis de la mañana, como si en la habitación trasera hubiese ocurrido un espectáculo. Daniel tarareaba una canción antes de salir de casa, ocurría sin falta hasta los domingos, día en que observaba, con su extraño caminar, tomar la vía hacia San Antonio.

En uno de esos días, Daniel nos contó que trabajaba en los buses de transporte público. Nos inquietamos por su labor gracias al siguiente suceso:

—Como ayudante de conductor de bus intermunicipal, en un viaje a Venezuela, mi jefe notó un desbalance en la carrocería, me pidió que calibrara la llanta a 45, me dirigí con agilidad y la inflé, el calibrador permaneció en 40 por largo rato, hasta que un estallido la reventó y el aro del rin se desprendió golpeándome en la frente y volcándome varios metros sobre el pavimento.

Después de un largo silencio, mencionó que tres meses después despertó, con una venda sobre su cabeza

y con una herida frontal difícil de sanar. Su vida había cambiado drásticamente, había perdido la vista y solo a través de los sueños recuperaba la sensación de que podía ver. De ahí que dormir sin interferencia era lo más importante para él. Su inconsciente nocturno aún no era ciego. Pese a lo creíble de su historia, me preguntaba: ¿por qué no era igual a otros ciegos?, ¿cómo hacía para caminar sin bastón, perro guía o lazarillo? Dudaba de su ceguera. Su capacidad de moverse por la ciudad no era la de un invidente. Seguro que, de alguna forma, él podía ver. Tal vez tenía una visión reducida que le permitía distinguir lo que ocurría alrededor. No creía que se encontrara sumergido en la obscuridad profunda.

Para esa época ingresé a la escuela con mis hermanos, mi madre nos llevó al centro para la compra esperada de los útiles, tomamos un bus Verde San Fernando ruta 2 que bajaba por la calle 15 hasta el centro. Al subir, todos teníamos en mente que quizás nos encontraríamos a Daniel, pero nadie lo mencionaba. Como si fuera un llamado telepático, antes de nuestra parada, Daniel subió al bus por la parte trasera, caminó hacia el frente y al llegar junto al conductor recitó lo siguiente, con voz aseñorada y elegante:

—Buenos días, señoras y señores, les agradezco su atención. Doy gracias al señor conductor por permitirme trabajar en este medio de transporte, a ustedes discúlpenme por interrumpirles en este momento. Como pueden ver...

Se quitó las gafas oscuras de marco amplio y abrió el párpado de su ojo izquierdo, dejando ver un objeto verdoso como obnubilado por un fondo grisáceo.

—Soy ciego, de niño me robaron los ojos. Subo a los buses buscando la caridad de las personas. Agradezco a quien pueda ayudarme con una moneda o un billete, será bien recibido. Gracias y ya que hay un Dios que todo lo ve, que los acompañe.

Sus palabras estremecían al público y sonaban las monedas de todos los calibres, sin duda era un espectáculo que ni Dios se perdía. Ese día nos bajamos del bus entre sorprendidos y pensativos. ¿Daniel nos había mentido? o ¿les mentía a los transeúntes del transporte público? Sin embargo, yo pensaba: “¿por qué solo abrió el ojo izquierdo?, seguro que puede ver por el derecho”.

Esa noche Daniel cumplía un mes de vivir en la casa. Antes de pagar el arriendo con muchas monedas, un tropezón hizo que estas rodaran. Rápidamente, Daniel

se dirigió a cada una y las recogió, haciendo un tanteo corto sobre cada moneda, que sabía dónde se encontraba. Decía que tenía un sonar en su cabeza. Luego de esto, se fue a dormir. Esa noche no pude conciliar el sueño, lo sucedido era una prueba de que Daniel podía ver.

A la mañana siguiente, estaba dispuesto a dismantelar la farsa, esperé que se fuera y decidí ingresar a su cuarto. Alguna prueba encontraría. El corazón me palpitaba como si fuera a saltar de un quinto piso. Con una llave de repuesto de mi madre abrí la puerta sin poder evitar un chirrido seco, ingresé y encontré muchos libros. Una alegría iluminó mi rostro, eran la prueba, al abrirlos, todos eran en braille. Me desanimé. Luego busqué bajo la cama y hallé un pequeño cofre, no lo pude abrir, decidí llevarlo a mi cuarto para intentarlo de nuevo. Mi ansiedad me ahogaba y me hacía sudar, extasiado por la posibilidad de la prueba definitiva, quería derrumbar la ficción que nos había vendido. Pero no era posible abrir el cofre. Tuve que devolverlo a su sitio y con cautela esperar otro intento.

Al día siguiente, Daniel no salió a trabajar, fue extraño para todos, no hubo risa socarrona y menos el estribillo acostumbrado.

Llegó la tarde y apenas se atrevió a salir de la habitación. De mi familia, solo me encontraba yo. Como si me viera, tras la puerta de mi cuarto, se acercó y conservando cierta distancia me dijo con voz armoniosa:

—Toma mi cofre, si tienes mucha curiosidad.

—¿Cuál cofre?

—No tienes que mentir. Sé que has estado hurgando en mi cuarto. No me molesta, no te preocupes. Si quieres saber que hay en él te espero en mi cuarto.

Su ofrecimiento me tentaba, pero a la vez un presentimiento de peligro me congelaba en mi cama y me decía que no fuera. Tomé valor, y con una pequeña navaja en mi bolsillo decidí ir. ¿Por qué tanto misterio en ese cofre? Caminé despacio hasta su cuarto por si escuchaba algo, no quise golpear a la puerta, abrí suavemente con desconfianza, estaba sentado sobre su cama leyendo un libro en braille, me dijo que quería hacerme un regalo y le contesté que solo quería saber si en verdad era ciego y si eso tenía que ver con lo que había en el cofre. Me respondió que ya no importaba, que me daría un regalo, así me liberaría del juicio de la visión que engañaba mis sentidos. Sacó un extraño frasco del cofre y de forma rápida se bebió el líquido, se me acercó y escupió un chorro sobre mis ojos,

sin darme tiempo de reaccionar. Me desmayé. Desperté a los tres días en un hospital totalmente ciego.

A los seis meses con ayuda terapéutica y formación para ciegos me movía perfectamente, tenía un radar en mi cabeza que me permitía caminar sin ayuda alguna y encontrar objetos por el sonido, mis oídos eran agudos y mi olfato prodigioso, mi tacto exacerbado lo sentía todo, hasta los vellos de mi cuerpo respondían al estímulo del ambiente de formas que nunca antes había sentido. Poco después del año, mi visión solo percibía algunas sombras como fantasmas en la oscuridad; sin embargo, mi visión había dejado de ser la reina de mis sentidos para pasar a ser uno más. Entonces entendí que por fin veía, ya no perseguía sin razón el juicio de mi visión.

Negra tenés la cabeza

Las negras tejían sus cabellos con trenzas, finamente diseñadas, en ellos se marcaban los caminos de huida y las rutas de resguardo. El mapa lo llevaban en la cabeza, mientras preparaban la huida a la tierra prometida de Benkos Biohó.

A paso lento, las negras se fueron fugando. Los hacendados, al sospechar de la estrategia, enviaron a otros negros con cuchillas muy filudas e hicieron rapar a todos los negros y negras del galpón, sin dejar posibilidad alguna de un nuevo trazo capilar.

Fue así como continuaron huyendo negras y negros, pues en sus calvas llevaban las cortadas con las nuevas rutas de fuga, pues siempre portaban en su cabeza el mapa de la libertad.

Opción de futuro

—Cuando grande quiero ser puta —dijo Sofía de siete años en la ronda de juegos a la que la invitaron los voluntarios de la iglesia; los otros niños no se inmutaron por la respuesta.

De inmediato, Diana detuvo el juego, y con una mirada de reproche tomó de la mano a Sofía y la sacó del salón para indagarla. Seguían a Diana dos jóvenes muy bien vestidos con ropa fina, acompañaban a Sofía a cumplir la labor social obligatoria en la iglesia del asentamiento popular.

—Esa niña no debe saber lo que dice —le dijo el más alto a Diana.

Afuera del salón donde jugaban a la ronda, Diana interrogó a la niña:

—Linda, ¿tú sabes qué es una puta?

—Sí, es la mejor mujer del mundo.

—¿Por qué dices eso?, ¿cómo así que la mejor mujer del mundo?

—Mi hermana Nicoll me contó que una puta es dueña de la noche —respondió Sofía rápidamente mientras jugaba con sus cordones.

—¿Qué más te dijo tu hermana? —le preguntó Diana con el rostro descompuesto.

—Que una puta tiene poderes —respondió Sofía con naturalidad—.

Intrigada por las respuestas de la niña, Diana continuó con el interrogatorio. Esta vez, levantando la voz, le preguntó:

— ¿Cómo así? No... ¿qué clase de poderes?

—Pues... puede ver a través de las botellas de vidrio y convierte las cosas.

—Pero, niña, eso no existe —Insistió Diana—. Pero, ¿qué clase de cosas convierte?

—Mi hermana transformó una muñeca de palitos que yo había hecho en un oso de peluche hermoso.

—¿Tu hermana qué hace?

—Se va con su amiga Shirley a ayudar a las personas.

Horrorizada por las respuestas de la niña, no tuvo otra opción que volver al juego mientras pensaba qué hacer luego. Decidió continuar con la ronda.

—Bueno, chicos, sigamos jugando.

—Tú, el niño de la camiseta de *spider man*, ¿qué quieres ser cuando grande?

—¡Paramilitar!

Latencia

Delia murió y todos celebraron su viaje, entre arrullos y alabaos fue despedida, su memoria se encontró con las estrellas y en medio de ceremonias con cánticos de las abuelas volvía del más allá para revelar su presencia; también, fue vista por aves libres que surcaban los cielos y animales de compañía cuando recorría sus lugares preferidos y durante las noches tranquilas en los sueños de quienes la recordaban.

Visitó la tierra de vez en vez cuando la memoria la llamaba. Estuvo junto a la luz en estado de latencia con las fuerzas de todos los tiempos esperando su momento, cuando al fin llegó, los iluminados saben que es el instante de volver a la tierra a vivir, justo ahí acaba su plenitud para llegar de nuevo y abrir los ojos fundiéndose en la materia biológica en medio del dolor y la tristeza. En ese instante es cuando Marcelo, el bebé, da su primer lloriqueo.

Los ancestros

Existe un cordón umbilical como hilo invisible que une la existencia de los ancestros con su descendencia, una conexión que permanece siempre presente, pues sobrevive a la muerte y teje la existencia creando un vínculo indeleble con los vivos. Los mortales no lo ven, solo es posible reconocerlo desde el otro lado, en el que los viejos de la gran familia desenrollan la madeja cada vez que un nuevo miembro nace, soltando el hilo y haciendo de esta práctica un tejido en el que los descendientes se encuentran para entrelazar sus hilos como familia en la gran red.

Hubo un tiempo en el que a diario se reunían los ancestros para contemplar las imágenes de la geometría regular en el tejido familiar. Ahora se sientan extasiados a observar las nuevas imágenes con nudos y costuras, con vacíos y excesos. Los tejidos son ahora diversos y coloridos, irregulares y amorfos, pues el sentimiento teje historias en la tierra y enseña a los vivos que hay tejidos que se desasen para dar un nuevo sentido al cordón umbilical.

Panacea

Tres plantas mezcladas de forma precisa daban con el brebaje exacto que otorga increíbles beneficios, eso lo sabían los hermanos mayores y por prodigio de la lengua se lo enseñaron a los hermanos menores: el uso de plantas, raíces, cortezas, con partes y cantidades exactas y, en especial, la fase de la luna y el ritual que llevaba a extraer la savia en su justa medida.

En la era de la gran invasión los foráneos buscaban la magia secreta, pero los hermanos menores lograron ocultar su vestigio bajo un hechizo de olvido aparente. Gonzalo Guerrero, un invasor converso a las filas indígenas, por mérito de su compasión logró presenciar la magia de las medicinas, por desgracia, también fue conocida por otros invasores, que desató el interés colectivo.

La cacería no se hizo esperar, fueron arrasados asentamientos completos tras las pócimas secretas. Cuando encontraban las plantas los invasores las acumulaban en toneles, las hacían mezclar y luego hervir, así buscaban el brebaje que obtenían con ayuda de probetas y goteros, pero no era suficiente, ningún esfuerzo fue exitoso, muchos invasores murieron.

Jhon Jairo Angarita Ossa

Faltaba un ingrediente que de veneno la convirtiera en el elixir de la vida, así contaban las historias: quien bebe de los saberes de los hermanos mayores vive por siempre.

Los hombres de la luna

Una mañana en la costa, en medio de un calor sofocante y húmedo, están algunos negros en tremenda algarabía, uno de ellos golpea con fuerza las fichas de dominó contra la mesa retando a sus oponentes, la tensión del juego aumenta con la burla colectiva, cuando uno de ellos, cerca de ganar, con voz imponente, dice:

— Paso.

De inmediato explotan las risas y chanzas porque gana el que menos esperaban.

Cerca de allí, algunos hombres en hamacas cuentan historias a sus hijos, en tanto las mujeres cocinan y realizan otros oficios. Los niños hacen carreras rodando algunas llantas de bicicleta con un palito. Otros hombres beben y se dan al chismorreo gracias a que Magdalena, la vecina, dejó a Vicente para irse a la ciudad.

En la noche las mujeres tejen, otras tiran las cartas para ver la suerte, mientras las que tienen bebés cantan los arrullos. Cerca al ocaso los hombres comen abundantemente pescado, plátano, arroz y queso frito.

Antes del anochecer una hilera de hombres se ve partir por el sendero que da hacía el río, caminan dos horas y más bordeando el río, luego se desvían por un afluente

y suben hasta una pequeña loma donde otros hombres esperan con katangas*. Con caretas, linternas y arpones se sumergen revisando la costa baja del río. Allí el negro Cecilio dice a todos:

—Solo llevemos los camarones grandes, recuerden, si no dejamos los pequeños, luego no tendremos a donde ir.

Esa noche de luna creciente el nivel del río aumenta, algunos hombres revisan las trampas para los camarones, entretanto otros atrapan los animales. Al otro lado del río, un grupo amarra algunas tablas cortadas noches atrás para bajar por el río sobre ellas. Dos horas antes del amanecer la jornada termina, los hombres vuelven exhaustos a reponer energías.

En la tienda se los ve alegremente azotando las fichas de dominó, en medio de un calor sofocante y húmedo, otros en hamacas cuentan historias y las mujeres preparan la comida y se ocupan de algunos oficios.

* Trampa artesanal en forma cilíndrica con un orificio de fácil acceso y difícil salida para los camarones de río.

Ziraco

Me levanté sofocado por una pesadilla en la que un terrible malestar cubría mi cuerpo, un hipo lento y creciente invadía mi garganta. A cada momento estaba agitado como el ritmo de un reloj, hip, hip, hip... Ansioso y sin control me asustaba, recordé algunos remedios caseros, tomé una gota de mi sangre, pero no pasó nada, solo me quedó un sabor metálico en la boca.

Luego una copa de vino con una moneda dentro, y nada. El hipo continuaba y el sabor metálico en la boca también.

Recurrí con ansiedad a otras tácticas como mirar al sol sin parpadear y casi me quedo ciego.

También salté en una pierna por tres minutos y solo me gané un calambre.

Medité con voz grave un antiguo mantra pidiendo ayuda, pero nada resultaba, hip, hip, hip... Parecía que tuviese una fuerza con voluntad propia.

La vecina me recomendó a la vieja Eduviges en el barrio Cristo Rey. Desesperado fui y cuando llegué me esperaba con la puerta abierta. Me hizo sentar, metió uno de mis pies en un platón de agua caliente y el otro en uno de agua fría. Sacó un tabaco, lo encendió y me echó el humo por los oídos y entre rezos me dijo que ese hipo

no era común, que se trataba de un Ziraco, un pequeño espíritu que se posaba sobre personas débiles para tratar de decir algo. Esto me estremeció y solo balbuceé:

—Por favor, ¿lo puede sacar?

Esa noche, después de chupar un tabaco un poco agrio, de recibir varios juetazos en mi cuerpo desnudo y ser encomendado con rezos, soñé que hablaba una lengua antigua. Al despertar, la alegría volvía a mi cuerpo, el hipo había desaparecido, gracias a la vieja que se había quedado conversando con el Ziraco, acerca de lo que él quería hacer conmigo.

Las salsas de la abuela

Patricia se unió a la olla comunitaria, así tendría la comida resuelta. Su vecina Marcela la invitó porque había escuchado que sabía cocinar muy bien. Prefirió ocultar que era vegetariana, nunca había comido carne, no le hacía falta. Conoció las preparaciones de su abuela, las aprendió desde pequeña, en especial las salsas.

El primer día preparó platillos con carne, pollo y pescado, esto no se repetiría pues los siguientes serían enlatados: sardina con limón y cilantro o atún a las finas hierbas, como le llamaban los muchachos. Lo que no le gustaba era cocinar con todo ese alboroto y menos los gases. Mario, un chico guapo de ojitos rasgados que le encantaba, le enseñó a usar la leche en los ojos y a ponerse un turbante cubriendo la cara para cocinar en medio de la neblina, mientras mezclaba con agilidad los embutidos a los que agregaba las salsas de la abuela.

Iniciaron con cincuenta platos, al poco tiempo llegó a contar quinientos y detrás de ella dos señoras que no se le arrugaban a nada, Pastora y Máxima. Con ellas organizó las líneas de la cocina. La Primera Línea era la encargada de definir el punto de equilibrio de la sazón: las especias, las cantidades de alimento y el grado de calor en el fogón, medidas de cuidado para dar los mejores sabores. Tam-

bién protegían las ollas de cualquiera que viniera a probar, pues la olla no se toca, a no ser por los perdigones que la tumbaron un jueves en la que la barricada casi cede.

La Segunda Línea no era junto al fogón. Las mujeres se encargaban de recoger los víveres. Prohibieron los desechables y solo usaban platos plásticos, cubiertos y ollas entre los vecinos de los edificios, las tiendas y la gente del propio barrio que donó la comida. Todas llegaban temprano y algunas desde el día anterior, recolectaban leña y organizaban el espacio con el menaje para las preparaciones del día siguiente.

La Tercera Línea se orientaba a la organización de los alimentos, a lavarlos y picar las verduras o el salchichón, preparaban la ensalada y el agua de panela con limón, hasta llegar al momento de servir y repartir el almuerzo. Aquí Patricia buscaba a Mario para darle un poquito de más, pues sabía que era de los más valientes. Poco a poco los chicos iban llegando y junto a la enfermería improvisada devoraban la comida con avidez, rotando para no descuidar la barricada.

La preparación de cada día la decidían según las donaciones de los vecinos, siempre se contaba con plátano, papa y algo de pollo, menudencias o un hueso carnudo

para el caldo o la sopa. El plato principal era el infaltable arroz con ensalada y, como mínimo, un huevo frito. Algunas veces, los muchachos de “la primera línea” que se daban de frente contra “el escuadrón del mal”, traían yuca, zapallo o zanahoria, decían que eran rezagos de las huertas o sobrantes de algún mercado, a lo menos, donaciones de sus casas, pues traían lo que podían.

Patricia aún recuerda cuando Mario le dijo que no quería que se acabara el bloqueo, pues ahora comía mejor que en su casa, no recordaba ver tantos alimentos juntos antes de la pandemia y el saborcito de la comida y sus encuentros, que entre la tensión del momento y la compañía cariñosa le daba otro sabor a la comida.

Temazcal

En el ocaso de nuestra era un ritual fue revivido para recordarnos... El fuego candente da color a las abuelas. En la primera puerta, siete piedras de rojo vivo son tomadas por los guardianes del fuego y llevadas a la matriz de la tierra fértil. Los testigos mezclan los líquidos vitales acompañados de copal, hierbas medicinales y mirra. Así se repite en varias puertas permitiendo la entrada de más abuelas.

Los cantos, deseos y ofrendas son dispuestos sobre la tierra remojados con el sudor de los testigos.

La nana Tonantzin con los saberes de las mayores dirige a las siete latitudes la ofrenda del amor, al sur, al norte, al este y al oeste, al corazón del cielo, al corazón de la tierra y, por último, con la mano en el plexo solar, al corazón propio de cada ser para hacer de la fusión de vapores candentes una ofrenda a la resistencia, al límite que lleva al cuerpo a recordar que somos agua en mil formas y tenemos el poder de la transformación.

El mal de ojo

Vicentico no cumplía el año de nacido y ya estaba pálido de muerte. Parecía que no iba a durar entre los vivos. Rosita, su madre, lo llevó al médico y le recetaron pastillas para la fiebre.

En la noche, llegó la “seño” Etelevina que lo vio y dijo: “Vicentico tiene el cuajo volteado”.

Rosita frunció el ceño de preocupación y desconocimiento. “Tranquila, tiene solución”, le aseguró Etelevina.

Esa misma noche, llegaron a una casa vieja con un letrero de madera en el que se leía: “Se cura el mal de ojo”. Doña Eulalia María, en profundo trance, pasó unas velas encendidas por encima de Vicentico. Rezó un padre nuestro y le habló en la lengua de los taitas. Lo solivió y dio golpecitos en la frente y la espalda como si le moviera algo por dentro. Unas yerbas para infusión le abrirían el camino.

El niño al otro día volvía al mundo de los vivos, colorado y sonriente jugueteaba, ya le habían enderezado el cuajo. A Rosita le advirtieron: “Tenga cuidado con extraños, al niño le dio ojo. Por eso le voltearon el cuajo”.

Vicentico creció sano y fuerte, pero era diferente, era zurdo y le ocurrían sucesos extraños que solo él entendía.

Una vez un amiguito vio como callaba a un perro que le ladraba al viento, le decía: “Ven, Bruno, ahí solo están los viejos”. La gente empezó a decir que estaba loco, a veces hablaba solo como conversando con alguien y se pasaba los días descifrando sueños.

Hasta que un día decidió contar lo que veía. Todos ratificaron que estaba loco, lo que decía no era correcto. Le dieron la droga recetada por los doctores, pero Vicentico no se la tomó y esto agravó su situación, por lo que terminó en el sanatorio, donde encontró a muchos como él.

Cuando salió, decidió volver a su casa y tanto tiempo había pasado que no sabía hacer nada, o por lo menos eso creía, pues para sobrevivir no tuvo otra opción que tomar un pedazo de madera y escribir en él: “Se cura la locura”.

Esa noche doña Etelevina le traía un niño desquiciado, el hijo de su patrona rica que se comportaba extraño, con movimientos erráticos y agresividad. Vicentico, en un trance profundo, pasó unas velas encendidas por encima del niño. Rezó un padre nuestro y le habló en la lengua de los taitas. Lo solivió y dio golpecitos en la frente y en la espalda como si le moviera algo por dentro.

El circo

Una noche, salimos tarde de la carpa del circo, en la calle encontramos dos jóvenes con mirada amenazante, uno de ellos sujetaba un objeto en la mano, difícil de reconocer en la oscuridad, nos señalaba con él y decía que entregáramos todo. De un tirón se llevaron la maleta con el computador. Gritamos:

—Ladrones, nos robaron...

La gente empezó a salir, llamaron a la policía, extrañamente llegaron al instante y siguieron a los jóvenes que se habían metido a “la invasión”. Escuchábamos disparos y las sirenas de algunas patrullas, al rato las vimos pasar con algunos esposados hacia la estación de policía.

Al otro día, llegó al circo una señora llamada María, decía que se llevaron a su hijo, que él era inocente, que por favor hiciéramos algo para sacarlo. También recibimos algunas llamadas que exigían que hiciéramos la denuncia para judicializar al joven. Sin saber qué hacer fuimos a “la invasión”, llegamos a la entrada donde se ven zapatos colgados en las cuerdas de la energía. Pasamos con la compañía de María que nos contó que a su hijo se lo querían llevar hace mucho tiempo. Dijo:

—Aquí llegan volantes nocturnos en los que se ofrece un buen sueldo y hasta una moto último modelo; tam-

bién llegan panfletos con lista de nombres y a cambio un mercado de un millón para la familia. Aquí sabemos que quienes se niegan tienen que correr con las consecuencias —esa noche no dormimos pensando en los jóvenes de la zona.

Al siguiente día tomamos una drástica decisión, con *clowns*, payasos y hombres de fuego, hicimos una gran caravana entre colores, festones y alegría, que transitó por toda “la invasión”, convocando a cada niño y joven que quisiera aprender las artes del circo. Fue así como tiempo después surgió otra carpa que tuvo por nombre: “La invasión de la alegría”.

Magia

Cerca de la ciudad de Betsaida el profeta convocó a sus discípulos y los llevó hasta una pequeña cumbre, allí muchos pobladores asistieron para escuchar el sermón, pero ocurrió que el hambre acosaba la multitud.

—Profeta, tenemos hambre —aclamaban algunos.

—Mi palabra será su alimento. —Y así compartió—

Hay un largo camino después de la muerte, antes de eso, estamos aquí sopesando la vida material, que es solo una ilusión. No hay posibilidad de pasar al largo camino con carga alguna.

De inmediato de entre la multitud preguntaron:

—¿Qué debemos hacer para prepararnos en este largo viaje?

—Es muy sencillo, den con la gratitud del corazón, tomen lo que tengan y compartan. El peso de lo que den hoy será la levedad con la que podrán viajar mañana.

Cada hermano y hermana tomó lo que tenía que se multiplicaba amorosamente en un gran festín. El profeta finalizó el sermón:

—La magia de este mundo está en la generosidad de nuestro corazón.

Las tres muertes del negro

Negro hasta el tuétano con el pelo hecho churruscos, zancas como palillos de bambú y una sonrisa blanquecina adornaba el alma alegre de nuestro Capi. Comandaba la delantera imparable de nuestro equipo y entre pases de balón, Panchis, como lo llamaban desde pingüita, cernía la cancha contraria a ritmo de salsa y guaguancó.

Me dolió partir, pero me llevé en el alma los goles del Capi. Tiempo después, me enteré que los “capuchos” cegaron sus pases, una guacharaca, que mataba con el rugido estruendoso de su maquinaria, le aniquiló las zancas para luego liquidar las ilusiones de una promesa. El Capi se fue entre sollozos con marcador en contra.

Aun lo recuerdo con mirada sagaz ante la burla, no daba pie al corrillo, con su mirada cantinflesca, era tiro fijo. Lo consideraban una cauchera andante, desde pequeño tumbaba botellas, cascos y cualquier objeto a gran distancia. Su brazo daba al tino con cualquier proyectil. Esta habilidad le dio un empleo y mercenario del tráfico tuvo muchos trabajitos. Pero como todos los que entran, no pudo salir. Murió en su ley, abatido en la villa dando tiros en el blanco mientras los otros le daban al negro.

Con el Grone, como yo le decía, teníamos un juego: la pulsada era nuestra diversión, nunca fui derrotado. Sobre una roca plana, a milímetros de ser vencido, mi brazo se negaba a perder y el tiempo nos llevaba a tablas. Me quedé con la ilusión de algún día ser vencedor, pues su hermano me contó:

—Tan de malas mi hermanito, no murió por lo que piensa la gente.

Uno de los balazos que le pegaron explotó su corazón, mientras sonreía con la ilusión de quien ha conquistado un amor con dueño.

Callefour

Dicen que hay un mercado del usado donde se compra y se vende lo que sea, se encuentra muy cerca del centro de la ciudad. Allí, una mañana, llegó Diego ansioso. Pidió un desayuno en un pequeño local de comidas y le susurró algo al oído de la cocinera, esta lo miró atónita y de inmediato se persignó. Esperó a que terminara el desayuno y le dijo:

—Que Dios lo acompañe.

Continúo caminando y a ambos lados de la calle, por varias cuadras, se encontraba desde una aguja hasta un televisor moderno. Allí un viejo borrachín sostenía un cartel que decía: “Bienvenido a Callefour, donde encuentra lo que desea”.

—Este es el lugar —pensó Diego.

Pasó por la sección de los eléctricos y pequeños robots, aspiradoras, estufas que relucían entre óxido y pintura. Vio un ejército de muñecos agolpados en los andenes, había llegado a la sección de juguetes. Barbies y peluches con un solo ojo, Caballeros del Zodíaco, Supermanes, Pitufos y hasta un Majimbu. Algunos reparados con retoques y otros sin salir del empaque.

—Esto no es lo que busco —dijo en voz baja.

Con la mano temblorosa y la ansiedad a mil, tomó un pedazo de cartón y con un viejo marcador escribió haciendo un cartel que llevó exhibido en el pecho.

Leyó un par de avisos buscando lo que necesitaba. En uno decía, “Hágase doctor en una hora”. En otro, más adelante, “¿Quiere ser abogado? Acá lo graduamos”. Entre olor a tinta y caucho se escuchaban los golpeteos del tipógrafo y los grabados de los sellos que graduaban a truhanes y leguleyos en pocos minutos.

Pero a Diego no le interesaba. Continuó caminando y pasó la zona de anticuarios, era grande y de vasta colección. Figuras, lámparas y pinturas entre tallas de madera, baúles y hasta armarios Luis XV se ofertaban o cambiaban.

Algunas personas leían el letrero sobre su pecho y miraban a Diego con pesar. Llevaba sus manos dentro de los bolsillos del pantalón y ya se empezaba a notar una taquicardia azarosa que lo envolvía en un delirio.

Se adentró por una callejuela y un aviso de imágenes eróticas le invitaba a seguir, una fila india de consoladores de todos los colores y formas se mostraban sobre una tela que en el suelo retenía un aviso: “Lleve el que quiera por solo 1000 pesos”.

No le interesaba, pero de algo estaba seguro, había llegado al mercado indicado donde todo tiene cabida.

—Aquí es posible vender o comprar cualquier cosa
—pensaba Diego con preocupación.

Se ubicó en una esquina del mercado, puso el cartel a la vista de todos los transeúntes.

Al poco tiempo, se acercó un hombre robusto de voz agitada que le dijo:

— Yo te necesito.

Después de cruzar pocas palabras transaron el pago y caminaron muy cerca, pasando por un túnel estrecho entre dos casas de adobe que olía a herrumbre y alcohol, al fondo una cantina con una tela roja separaba el ambiente, aquel lugar también era un mercado. Ingresó a un cuarto que olía a alcoholes y medicinas, un hombre con una sonda y un equipo de quirófano conectado a sus puntos vitales daba muestra de una reciente operación.

En el último cuarto una mujer somnolienta sobrevivía conectada a equipos médicos con sondas y aparatejos. Junto a ella acostaron a Diego y procedieron a efectuar la transacción, bajo su camilla aún continuaba el cartel que decía: “Vendo mi pulmón de urgencia, soy RH+”.

Amor de negros

Todas las noches al acostarse la negra Basilia se enreda bajo las cobijas y con besos violentos toma por el cuello al negro Milcíades, lo doblega con abrazos corporales que lo cubren de pies a cabeza hasta dejarlo rendido e indefenso.

Al rato, la negra le dice lo mismo de todas las noches:

—Negrito, te quiero ver vivo mañana, recuerda que no me podés dejar sola.

En el sueño profundo que comparten se encuentran cotidianamente y Basilia le reclama a Milcíades todos los cuernos que le ha puesto, este le responde que no fue criado para una sola mujer y que ella lo sabía muy bien. Ambos se dan puñetazos con el alma y terminan separándose, encontrando en el camino onírico de sus vidas otras parejas y amándose, esta vez, sin besos aparatosos ni abrazos corporales, simplemente felices como una pareja de ensueño.

En la mañana despiertan, lo primero que hace la negra es llamar a Milcíades:

—Despierta negrito, no me dejes sola.

El negro le responde:

—Aquí estoy negra, no me he ido.

La pareja se abraza amorosamente mientras agradecen por seguir juntos. Desayunan, se preparan y salen al trabajo.

De nuevo regresan en la noche y bajo el peso cotidiano de la costumbre caen a la cama para repetir una y otra vez la violencia del amor, sin importar el sueño infiel de otra vida.

Las pequeñas cosas

Si lees esto es porque quieres cumplir mi última voluntad.

Aunque aún tengo voluntad de muchas cosas, quiero decir algo en ocasión de mi muerte. Mi frase preferida fue: “No hay nada grande y hermoso en la vida que no nazca en lo humilde y pequeño”. Por eso quiero que este último momento sea de pequeñas cosas. Una de ellas puede ser tener un ataúd sin barniz o pintura y que todos tomen marcadores, escriban, así como en tantos talleres de educación popular trazamos los sueños y la esperanza, y rayen el vehículo que me llevará al infinito de sus memorias.

Otra cosa, no se enreden con largas letanías, ni rezos aprendidos; transiten sus memorias con los mejores momentos y tómense de la mano, saluden, abracen y escuchen a quién se encuentra a su lado. No teman reírse en el velorio, tienen mi aprobación, recuerden que yo estoy allí: qué incómodo un encuentro entre sollozos y tristeza.

La muerte es el mejor estímulo a la memoria. Tal vez nos hayamos conocido en un encuentro por una lucha libertaria, construido un proyecto que cambiará el mundo, también es posible, nos hayamos bebido las historias de

la paz y el conflicto en cocteles de sonrisas, en marchas calurosas, en eventos solidarios y en fiestas por la vida.

También quiero que pongan la música del sabor, esa que poníamos cuando íbamos a la loma, al Petronio, a Tin Tin Deo... la andina de Los Kjarkas, la del Pacífico con marimba pegajosa a ritmo de guasá y, claro, no se olviden del son cubano y de la salsita. De *Las cuarenta* de Rolando, del viejo Ismael y su negrita... Quiero que hagamos una fiesta con tambores, marimba y movimiento. Qué bello celebrar la muerte, es este mi pequeño testamento: me voy con ustedes en cada memoria de lo vivido, les dejo mis cuentos, relatos y experiencias, créanme que todos ustedes aparecen en ellos. Les deseo un lindo camino.



Referencias bibliográficas

- Adorno, T. W. (2004). *Minima Moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Akal.
- _____. (2008). *Dialéctica Negativa. La jerga de la autenticidad*. Madrid: Akal.
- Benjamin, W. (2000). “La tache du traducteur”. En W. Benjamin. (2000). *Ouvres I*. Paris, Francia: Gallimard.
- Berger, J. (2006). *Con la esperanza entre los dientes*. México: La Jornada.
- Bloch, Ernst (1979). *El principio esperanza*. 3 vols. Madrid: Aguilar.
- _____. (2002). *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*. Madrid: A. Machado Libros.
- _____. (2017). *¿Despedida de la utopía?* Madrid: A. Machado Libros.
- Colombia. Comisión de la Verdad (2022). “Cuando los pájaros no cantaban: historias del conflicto armado en Colombia, tomo testimonial”. En Colombia. Comisión de la Verdad, *Hay futuro si hay verdad: Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*. Recuperado de <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>
- Tischler, S. (2014). “No es lo mismo resistir para sobrevivir que resistir para transformar el mundo. La Escuelita Zapatista. ¿Desafío epistemológico?” En Sandoval, R. (ed.). *La escuelita zapatista*, México: Grieta Editores.



Agradecimientos

A Guillermo López Varela con quien tuve el deleite de compartir estos relatos entre vinos, lunas y parajes mágicos del sur de México y por un prólogo increíble de talante exquisito, animado con el fueguito de la colorida Puebla.

A Jaime Alexándrovich, por confabular en este sueño hecho literatura a quien admiro por su compromiso y dedicación.

A Alejandra Gómez Gallego, por el cariño con el que siempre me apoya, dando color y vida a mis creaciones.

A las amistades, compañías, conocidos y militantes literarios que por gusto y afición decidieron apoyar esta publicación indómita, que emerge de lo subalterno a lo insumiso.

A Luz Doris Gallego Jiménez, Ana Aydee Arcos Clavijo, Saren Leonor Pimienta Sempru, Aurelia Patricia Quiñonez Granados, Maribel Salgado Pertuz, Luz Neila Cerquera, Francisco Javier Quintero García, María Adriana Fuertes Altamirano, Catherine Castaño López, Yaid Bohórquez Ríos, Maritza Osorio Gómez, Cristina Castro, Édgar Orlando Herrera Prieto, Ilka Adriana Rodríguez Rivera y Jhon Jairo Tróchez, Nuwun Muelas, María del Mar Ramírez Herrera, Yeison Andrés Duica Galofre, Luis Miguel Becerra Granados, Angélica María Conde Pérez, Patricia Gómez Etayo, Clímaco Raúl Burbano, Orlando Arango, Guillermo Vásquez Correa, María Eugenia Betancur Pulgarín, William Eduardo Escobar Rodríguez, Catherine Gamboa Navisoy, Francisco Alfredo

Materón Vélez, Deifan Mary Arrechea Parada, Gregor Agudelo Salazar, María Posada, Jorge Oswaldo Sánchez Buitrago, Oscar Fabián Cabrera Santacruz, Yamid Mabesoy Torres, Fernando Olivo Jaramillo, Luis Carlos Pitalúa, William Mendieta Ota-lora, Gloria Inés Montoya Duque, María Fernanda Molina Beltrán, Simón Lombana Aroca, Juan David Sánchez Diaz, Rosana Morales Herrera, Rafael Albeiro Arias Girón, Lucho Mosquera, Iván Darío Vásquez Valencia, Sara Erazo, Ricardo David Gómez Martínez, Silvana Soledad Landi, Elizabeth Rivera Madroñero, Jasney Quintero Ortega, Deyanira Ortez Arboleda, Marly Yesenia Enríquez Fernández, Luz Marina Viveros Vergara, Carlos Alfonso Salazar Sarmiento, Jhon Alexander Cruz, Maximiliano Gómez Erazo, Jhenifer Mailec Rincón Guevara, Ximena Vásquez Londoño, Edier/Clara Giraldo, María Hilda Ceballos Castañeda, Marleny Ordóñez Olmedo, Jaime Osorio Flórez, Germán Antonio Roa Cabrera, Gerardo Buitrago, Luz Angie Vargas, David Andrés Timote Penagos, Javier Ibagón Martín, Jorge Calderón Ramos, José Alejandro Perdomo Urrea, Nelson Rafael Toncel Herrera, Jaime Hurtado G., Andrés Felipe Mendoza, María José Men-doza Gómez, Kelys Milena Salgado Camaño, Yuliet González Guzmán, Edier Giraldo, Marlli Johanna Cuellar Mera, María Olga Perlaza Angulo «La Flor del Pacífico», Fundación Mixta Universidad del Valle Yumbo, Lucía Maracelly Pineda Rueda, Karen Andrea Gómez Rojas, María Lyana Corrales Q., Mar-garita Restrepo Méndez, Martha Viviana Burbano Arrechea, José de la Cruz Cuero Guependo, Juan Carlos Escobar Rivera, Julieta Sánchez Buitrago, Jesús Héctor Ramírez Moncaleano,

Alba Mery Upegui Posada, Diana Miledy Londoño González, Miller Machado Mosquera, Guillermo Alberto Rodríguez Molina y Vanessa Palacios Quintero, Andrés Mauricio Acosta Juaqui, Jhon Jairo Marulanda e Ibeth Mosquera, María Alejandra Restrepo Celis, Ernesto Vicente Caiafa Montañez, Mauricio Vidales Diaz, Óscar Eduardo Bonilla Quintero, Juan De los Ríos, Betzalina Fernández Montero, Fabio Cardozo Montealegre, Elizabeth Mayor Giraldo, Yolima Pipicano Ruiz, Luis Carlos Angulo, Jane Carolina Dueñas Chacón y Maite Misas Tique, Paola Andrea Rendón Balcázar, Gustavo Adolfo Rengifo Arango, Yesevith Páez Cantillo, Denys Campo Torregroza, Liliam María Macías Lara, Bladimir Antonio Mena Utria, Liliana Martínez, Alexander Toro, Hernando Orozco, Daniel Téllez, Jair Hernández, Johana Bueno, Iván Manuel Sánchez Fontalvo, Iskra de la Cruz Hernández, Liliana Cortés Orbes, Rodrigo Salazar Sarmiento, Gina Aldana, Alejandro Ramírez, Alexander Nieto, Alexandra Hurtado, Leydi Johana Reyes, Nery Hoyos Rengifo, Augusto Arregocés, Gloria Beleño Eslava, Deiby Rubio Guevara, Olga Araujo, Yolanda Delgado, Dely Johana Bueno Ríos, Nelson Steven Correa Villada, Maya Corredor y Gonzalo Gayoso.

